

El embrujo de la ciudad.

AVILA A TRAVES DE NUESTROS NOVELISTAS

POR TEODORO MUÑOZ CREGO

Avila, cantera novelesca.

QUE le parece a usted Avila?—le preguntaron a un significado turista que, *Baedeker* en mano, contemplaba la pesada fábrica de la muralla, desde los castizos soportales del llamado Mercado grande.

—No sé, no sé... Es un pueblo interesante, muy interesante. Un pueblo con fisonomía propia.

Y de personalidad pródiga en sugerencias espirituales, podríamos añadir. De ahí que, necesariamente, tenía que surgir una copiosa literatura: volúmenes, opúsculos, glosas, divagaciones... Apenas bastaría un número de BLANCO Y NEGRO para registrar los nombres de cuantos, legos o peritos, tratan de deshacer "el embrujo" de Avila, legendario fantasma que vaga tras la severidad hidalga de los palacios. Se echaba de menos, empero, la gracia viva que animase la aridez de los aludidos trabajos y, en cierto modo, los sintetizase con plasticidad; la novela imponía sus fueros sthendelianos. Y aparecen las de Avila.

Por lo que a nuestros escritores se refiere

—empleado el posesivo en un sentido de gran amplitud, pues nativo, propiamente dicho, no hay más que uno—, citaremos, en primer lugar, *La gloria de don Ramiro*, del argentino Enrique Larreta; *En tierra de santos*, del cubano Alberto Insúa, y *Como los pájaros de bronce*, del madrileño José Francés. *Donde hubo fuego*, de Augusto Martínez Olmedilla, no posee de Avila, si bien se aquilata—opina el autor—, más que el moroso contraste "entre la frivolidad del asunto y lo ancestral del marco". *Rata de hotel* y *La cortesana de las cruces*, de Emilio Carrère, no son sino otros tantos pretextos para bordar—lo diremos en lenguaje caro al poeta—en el cañamazo de la vieja ciudad la flora ideal de unas bellas imágenes.

Destacaremos de las primeras, no como ensayo crítico, que no es éste el objeto ni la sazón, alguna de sus características al reflejar Avila.

«La gloria de don Ramiro».

¿Las fuentes donde, voraz, bebe Larreta en la búsqueda del "documento humano"—según expresión feliz cuando ni siquiera



...LA PESADA FABRICA DE LA MURALLA

B & W - 9-10-1977



...LA SEVERIDAD HIDALGA DE LOS PALACIOS...

se presentan las escuelas de vanguardia— eran puras? ¿Es obra de erudito frío, pa- cienzudo, cegado por el polvo de los lega- jos? ¿Obra de cronista y, como tal, adere- zada con las especias del arroyo? ¿O sim- ple complacencia lírica?

Ante todo, *La gloria de don Ramiro* es

una novela movida, fresca, dinámica, pese al prurito reconstructor que la informa. Prieta de trama, las reacciones se producen naturalmente. Los personajes alientan, y, alguno de ellos, tan infundido de jugo vi- tal, que adquiere a veces categoría de símbo- lo; don Diego de Bracamonte, por ejemplo,



...DEL MORISCO BARRIO
DEL ARRABAL...



...MENTIDERO DE PICAROS Y BOBOS DE TODA LAYA...

Este don Diego—ferrutelo lujoso o indigente sayo—pudiera ser don Iñigo de la Hoz, don Alvaro, los Vela; esto es, la nobleza castellana, sobria y enteriza como las encinas que guarecen los peñascales de la meseta, ajusticiada la mañana del 17 de Febrero de 1592 en el Mercado chico, mentidero de pícaros y bobos de toda laya:

Realmente, la novela es un símbolo; mas un símbolo claro, por desprenderse del verismo de la fábula y no de exégetas lucubraciones. Así, no se precisan andaderas pedantes para señalar como representación de la austeridad, bajo la estameña franciscana de sus ropas, a doña Guiomar, y ver la estampa del pecado en los ojos “orlados



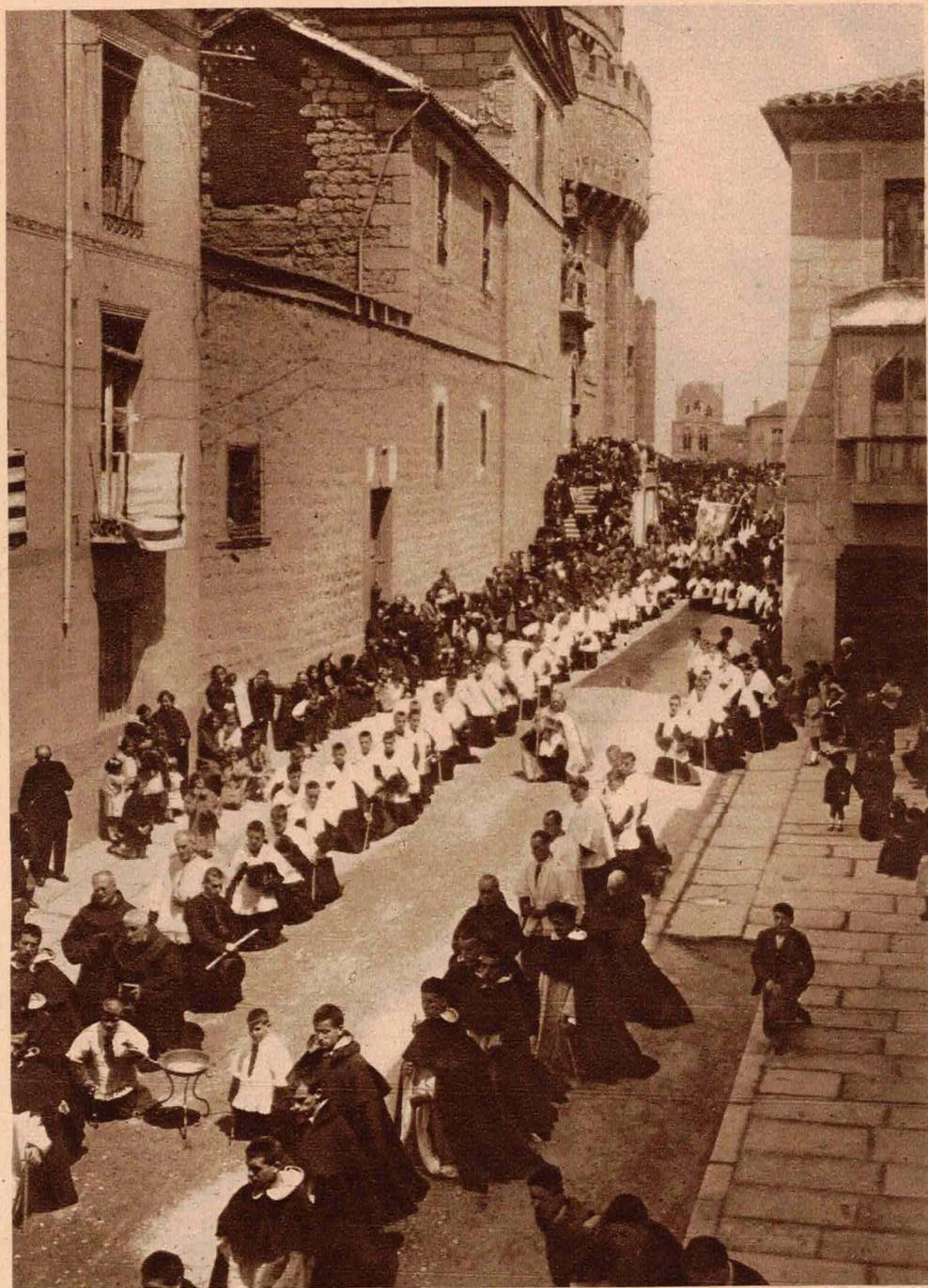
...EL TAPIZ DE COLOR Y CASTELLANIA DEL VALLE AMBLES...

de sombra” de Aixá, la flor tempranera del morisco barrio del arrabal, franqueada la muralla.

Novela plurilateral, rica en matices, diríase encarnar en su protagonista, en don Ramiro, el Avila guerrera y ascética, villana y señorial, altiva y limosnera... de los

tiempos de la Católica Majestad de Felipe II, cuyo sol no se ponía en sus dominios y cuya gloria florecía en una plegaria...

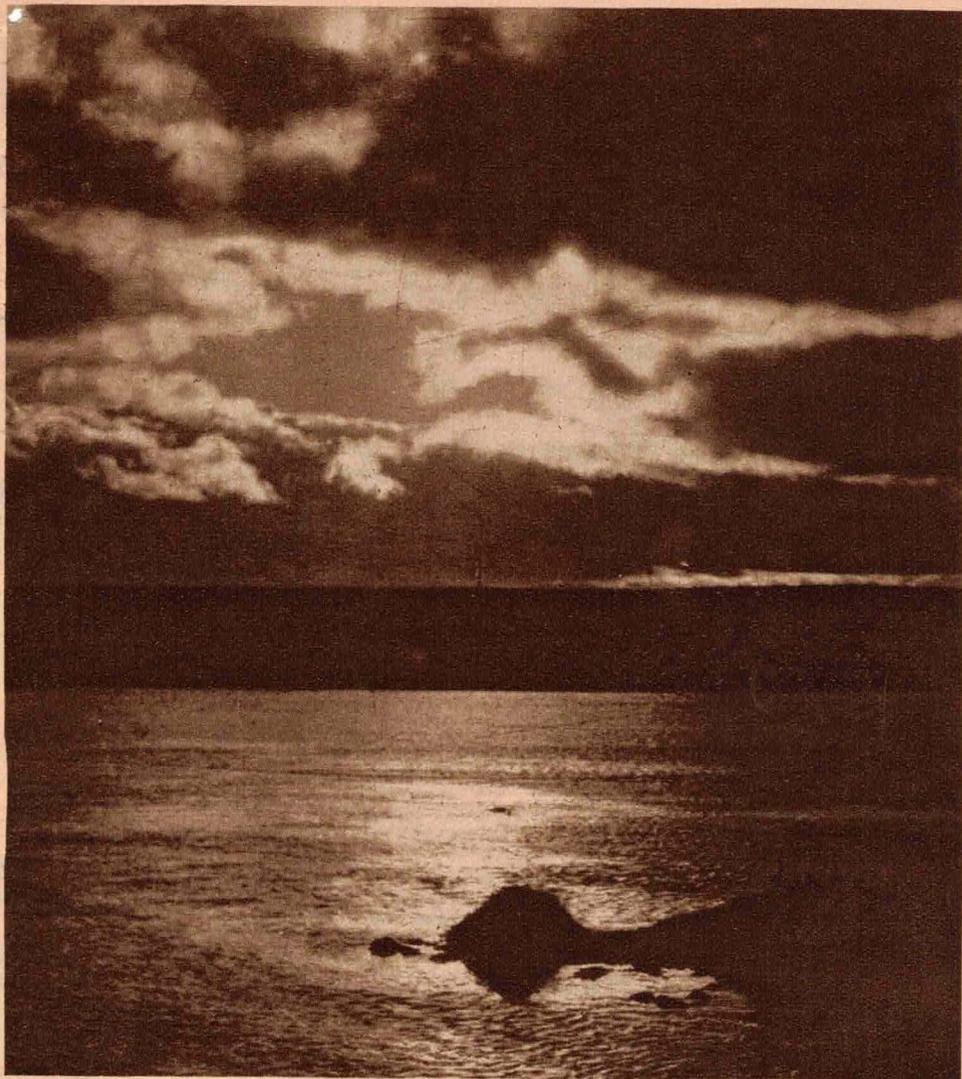
¿Qué decir de la parte externa, colorista, interpretativa de Avila? No sería indiscreto aventurar que el dictado con que se la obsequió a raíz de su publicación—“la



...EL ESPECTACULO PIADOSO DE UNA PROCESION...



...LA CATEDRAL LEVANTA-
BA SU TORREON DE FOR-
TALEZA...



...EN CREPUSCULO QUE DESANGRA...

mejor novela escrita en castellano”—nació, precisamente, ante la magia de su prosa. El azul índigo del cielo, la resonancia de los zaguanes, un perfume desleído: ese algo, en fin, sutil, inefable, acervo lírico que flota y, como fantasmagoriza las viejas ciudades, presta al castellano de Larreta aciertos onomatopéyicos, que tan pronto asocian al oído herrumbre de tizona como musicalidad orquestal. Véase, al azar, un párrafo: “A corta distancia, en el sitio más eminente, la Catedral levantaba su torreón de fortaleza almenada y pardusca.”

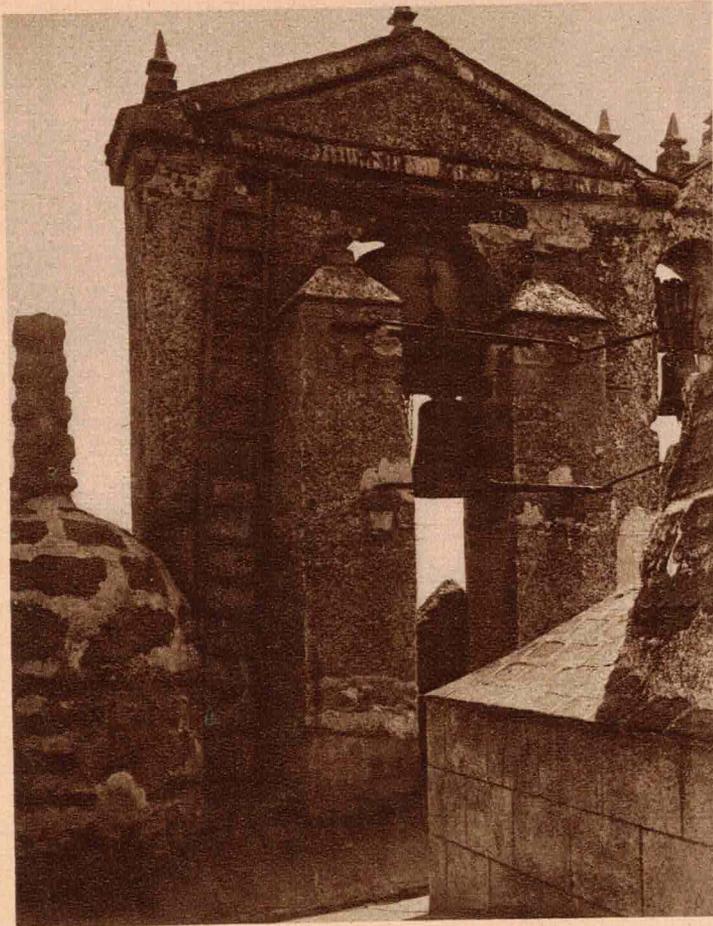
«En tierra de santos».

—¿Por qué localizó usted su novela—la novela de la neurastenia—en Avila?

—Localicé la acción—contesta Insúa—

En tierra de santos en Avila por parecerme de todas las ciudades de Castilla la más austera y más en consonancia con el estado espiritual de mi héroe, Alfredo Sangil. No vi Avila al través de éste ni de Bermúdez, sino al través de entrambos, pues en realidad la novela no es más que un coloquio entre Sangil, don Quijote abúllico, y Bermúdez, un Sancho Panza relativamente ilustrado.

Y, en efecto, el diálogo entre el don Quijote “abúllico” y el Sancho “relativamente ilustrado”—unas veces tiene como telón de fondo la huerta de Batalla o el tapiz de color y castellanía del Valle Amblés—da al novelista ocasión para miniar unas cuantas viñetas abulcenses, y muy especialmente para hacer juguetes de fácil y amable filosofía. Dada la idiosincrasia de los muñecos, el



...LAS CAMPANAS..., LOS PAJAROS DE BRONCE...

que ser tolerantes, amigo Bermúdez—le replica, conciliador, Sangil—.” Pero es que Sangil es fino, culto, comprensivo y además, sentimental. “Yo habría querido vivir aquí —apunta—, pasar el invierno... En las tardes de sol pasearíamos al borde de las murallas y subiríamos a los molinos. Te llevaría a la Catedral, a San Vicente, a Santo Tomás. Santo Tomás te gustaría mucho. Es el mejor templo de Avila.”

«Como los pájaros de bronce».

Lo verdaderamente sugestivo de la novela de José Francés—agua-fuerte goyesco—es el haber desarrollado parte de la acción en el campanario de la Catedral. Allí, entre las campanas, *María Inmaculata* y *María Matutina*, los pájaros de bronce, la vida toma un aspecto de paganía en abierta pugna con el hálito letal que se desprende de la “ciudad dormida”, y que el novelista pretende copiar fielmente, de conformidad con la profesión

medio social en que viven, su cultura, la visión viajera del mundo, el escepticismo del uno y epicurismo del otro, habían, lógicamente, que encontrar aburrido Avila.

Con machaconeo de estribillo se repite, de la primera a la hoja final, en toda la novela el comentario acerca de la tristeza, la sequedad, el levitismo, la estrechez de miras... “La ciudad de piedra, seca y polvorienta”. “Todo el paisaje daba una impresión de sequedad y aplanamiento”. Sólo que en Bermúdez bajo, rojo, gozador vulgar, se traduce en frases despectivas, hirientes, incluso impías, con cualquier pretexto: el atisbo de un rostro tras una celosía, el espectáculo piadoso de una procesión... “Hay

entusiasta, que hace en el prólogo, del credo realista.

Para concluir.

¿Ha sido descubierta Avila por nuestros novelistas? Como ese crepúsculo que desangra sus luces en las aguas del Adaja, la ciudad del Rey, de los Caballeros y de los Santos sigue siendo una perenne interrogación, que cada romero de la ilusión y del ensueño contestará a su modo al perderse por encrucijadas y pasadizos.

Teodoro Muñoz Crego.

(FOTOS LOPEZ BEAUBE)

